

El proceso constructivo de la iglesia de San Agustín de Quito ¹

POR
JESÚS PANIAGUA PÉREZ

Uno de los edificios más enigmáticos de la arquitectura colonial quiteña es este templo que la orden de ermitaños de San Agustín elevó en la capital de la Audiencia de Quito. Junto con otros conventos de diferentes órdenes es uno de los símbolos que caracterizan a la ciudad del Pichincha. Su valor no es el de ser una simple obra arquitectónica, sino el de ser una verdadera obra de ingeniería elevada en torno a dos grandes desniveles de la ciudad, de ahí lo que ha tenido que sufrir con el devenir de los tiempos tan magnífico conjunto, en una ciudad a menudo azotada por las catástrofes naturales².

1.- BREVES NOTAS HISTORICAS

No vamos a hablar aquí del claustro ni de los restos del antiguo ámbito conventual, donde cuelgan todavía los magníficos lienzos de Miguel de Santiago, amén de otros pintores coloniales y republicanos. El principal interés de este estudio va a ser la propia iglesia de San Agustín, intentando trazar

1. De nuevo quiero manifestar mi agradecimiento a los PP. Agustinos de Quito que, como en trabajos anteriores, me facilitaron el acceso a su archivo y demás dependencias; buen ejemplo de ello es el artículo publicado en esta misma revista "La plata labrada de San Agustín de Quito", vol. LXXV, num. 193, 1991, pp. 67-80 y láms.

2. Recordemos que a lo largo de todo el periodo colonial y posteriormente, hasta el momento presente, los terremotos han sido fenómenos naturales con los que han tenido que convivir los quiteños de continuo. De hecho, sería uno de esos terremotos el que obligaría a trasladar el Carmen de Latacunga a la capital de la Audiencia.

—en la medida de lo posible— su proceso evolutivo de construcción a lo largo del tiempo.

Nos ha movido a la realización de este trabajo el que nos encontremos ante una obra sobre la que se ha dicho y escrito mucho, pero de la que se ha ignorado bastante. Afortunadamente, hemos podido hallar en el archivo agustiniano de Quito algunos documentos que nos ayudan a desvelar ciertos enigmas que hasta ahora han venido confundiendo a algunos historiadores³.

Los primeros pasos de los agustinos en los territorios quiteños parecen anteriores al 22 de julio de 1573, en que tuvo lugar la fundación oficial⁴. De hecho en 1568 ya se hallaban instalados en el lugar que hoy ocupa la iglesia de Santa Bárbara y que en su día fue conocida como el Convento Viejo de San Agustín. Aún así, tampoco ese año parece ser realmente el que abre la presencia agustiniana en Ecuador, pues como señala el P. Iglesias, ya en 1557 estaba en España Fray Pedro de Cepeda con la intención de movilizar religiosos de su orden para llevarlos a fundar en Quito, Cuzco y La Plata hoy Sucre (Bolivia)⁵.

Oficialmente la fundación de 1573 fue llevada a cabo por Fray Luis Alvarez de Toledo y Fray Gabriel de Saona. Quedó este último encargado de todos los asuntos quiteños, ya que el primero hubo de regresar a Lima, donde en 1575 se le nombró provincial del Perú en sustitución de Luis López de Solís, que años más tarde iba a ocupar la diócesis de la actual capital ecuatoriana.

Para elevar el primer templo y convento en el lugar en que hoy se encuentra se contó con dos casas expropiadas a Egúez de Moscoso, a las que se añadió otra que cambiaron los religiosos por una que tenían en el barrio de La Merced y otras dos que compraron a Pedro Ortega Guillén⁶. El nombre de la primera iglesia, que debió ser de una extraordinaria pobreza, recibió el nombre de “Santo Sepulcro” y para ella debió contribuir de buena gana la población de la ciudad, pues aún sobraron quince mil pesos con los que se elaboró una custodia⁷.

3. Esto puede verse en J. PANIAGUA PÉREZ, “Los agustinos en la Audiencia de Quito. Notas para su estudio”, en *Actas del Congreso Internacional V Centenario. Agustinos en América y Filipinas*, Valladolid, 1990, pp. 261-291.

4. Sobre el primer siglo de la labor de los agustinos en la Audiencia de Quito puede consultarse *Ibidem*, pp. 261-291.

5. V. IGLESIAS, “La Fundación del convento de San Agustín de Quito”, *Archivo Agustiniiano*, 1916, pp. 203-209.

6. E. TERAN, *Convento de San Agustín de Quito. Síntesis histórica como homenaje a su IV Centenario, 1573-1973*, Quito, 1973, pp. 28-29.

7. *Ibidem*. Esta custodia no sabemos si es aquella tan magnífica de la que dispuso la iglesia con forma de águila y que recientemente hemos estudiado. J. PANIAGUA PÉREZ, “La plata labrada de San Agustín de Quito”, *Archivo Agustiniiano*, Valladolid, 1991, pp. 68-69.

2.- LA IGLESIA DEL PERIODO COLONIAL

Pocas edificaciones religiosas quiteñas ofrecen tanta confusión en su ejecución como ésta. Algunos años después de fundada la provincia agustiniana de San Miguel de Quito, llega a aquellas latitudes, procedente de México, el gran arquitecto extremeño Francisco de Becerra. Corría el año 1581 y los agustinos aprovecharon su presencia para encargarle el diseño de su iglesia. El arquitecto ejecutó los planos y durante su estancia se cimentó el edificio, pero el citado artífice fue llamado pronto a Lima por el virrey Enríquez de Almansa para afrontar las obras de la catedral de la capital del virreinato. San Agustín quedó abandonada a su suerte con una edificación provisional sobre las bases mandadas construir por el gran arquitecto.

En 1606 hace su aparición en el panorama del Pichincha otro maestro de obras español de la ciudad de Burgos. Esta vez es Juan del Corral, que se comprometió a elevar una trasnochada edificación gótica en el plazo de un año por el precio de 3.800 pesos de a ocho reales, además de exigir para el trabajo constructivo cuatro mulas. El burgalés correría con todos los gastos a excepción de la comida diaria de los trabajadores, que la ofrecerían los propios frailes. Los agustinos, temerosos de ver sus construcciones nuevamente abandonadas por la necesidad de técnicos que existía por entonces en América, hicieron firmar al arquitecto en su contrato que no se ausentaría mientras durasen las obras. Todo ello fue sometido a la aprobación del provincial y los definidores⁸. Aunque el de Burgos debió correr con una buena parte de la obra no la vio finalizada, ya que los últimos pasos corrieron a cargo del arquitecto agustino Diego de Escarza, que debió alterar totalmente los proyectos de Corral.

Los planos de Becerra es posible que se conservaran estructuralmente, pero no mucho más y sólo durante algún tiempo. Su sucesor, el citado Juan del Corral, ideó una iglesia de una sola nave de tres tramos con bóveda de crucería y capillas laterales con bóvedas de medio cañón perpendiculares al eje de la nave. El presbiterio sería de medio cañón y muy poco desarrollado, con el testero plano y ligeramente saliente en el plano (lám. 1). Pero de todo aquello no queda casi nada después de los terremotos del siglo XIX que

8. Este documento que se halla en A.N.H.Q. (ARCHIVO NACIONAL HISTORICO DE QUITO), *Notaría Guarderas* 13, f. 577, ha sido citado múltiples veces, entre otros por J.M. VARGAS, *La Iglesia y el patrimonio cultural ecuatoriano*, Quito, 1982, pp. 28-29 y en *Historia del Arte Ecuatoriano*, 2, Quito, p. 96.

luego veremos, a no ser el tramo del coro, del que luego hablaremos, que tiende a entroncarse en algunas historias del arte con los planos originales⁹.

Debió resultar muy pequeño el proyecto planteado por Juan del Corral para las pretensiones agustinianas. De las reformas se va a encargar al arquitecto agustino ya citado, Diego de Escarza, aunque no hay que descartar la presencia en las obras de Antonio Rodríguez, que de hecho sabemos que construyó la portada del templo. Por lo que podemos deducir, el planteamiento definitivo fue el de una iglesia de tres naves, mucho más larga que la diseñada por Corral, ya que ocupaba todo el lienzo del claustro principal. No sería descabellado entroncar la antigua iglesia de San Agustín con la de la Compañía, que todavía se conserva según las trazas originales. El crucero, no era saliente en plano, pero sí sabemos que se cubría con una gran cúpula, que dio muchos problemas para su mantenimiento, lo mismo que sabemos que existía otra cúpula menos llamativa sobre el presbiterio de cabecera plana, tras el que se encontraba la sacristía.

Todo esto que conocemos a través de algunas descripciones nos hace pensar –como ya hemos manifestado– en un templo muy semejante a la Compañía de la misma ciudad o a la iglesia de la Merced; y aunque esta última fue elevada más tarde –se inició en 1700– sigue muy de cerca los planos de la iglesia jesuítica, que se deben al hermano Marcos Guerra.

¿Hubo una colaboración de los tres grandes arquitectos religiosos quiteños que trabajan a mediados del siglo XVII en Quito?¹⁰ San Agustín parece probar que sí. Nos encontramos con un plano que en esencia no difería mucho de el de la iglesia jesuítica, debido al citado Marcos Guerra. La portada se puede entroncar claramente con las realizadas por el franciscano Antonio Rodríguez. Por último, no es mucho suponer una dirección de obras debida al agustino Escarza. Todo parece probar una coordinación de los tres grandes arquitectos religiosos.

El conjunto de esta iglesia iría recubierto de ricas yeserías y pinturas como las que conocemos de otros conventos quiteños a los que sabemos que nada tenía que envidiar el de San Agustín.

Las obras de ejecución fueron lentas, de ahí el continuo cambio de planos que hubo. La causa del retraso no era tanto económica –de la que siem-

9. En esa línea están, por ejemplo, el *Catálogo del Convento Máximo de San Agustín*, publicado en Quito, en 1985 por el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador; también la *Historia del Arte Ecuatoriano*, t. 2, Quito, p. 98; y por último citaremos a J.G. NAVARRO en sus *Contribuciones a la Historia del Arte en Ecuador*, Quito, 1948, p. 71.

10. Nos estamos refiriendo al franciscano Antonio Rodríguez, al jesuita Marcos Guerra y al agustino Diego Escarza.

pre se quejaban los provinciales para obtener ayudas y limosnas— como de falta de mano de obra; y así parece demostrarlo el memorial de Fray Gabriel de Saona al virrey en el que se solicita se les conceda a los agustinos cincuenta indios por dos años para avanzar con los trabajos, ya que en ese año —1612— se han cubierto la capilla mayor y las colaterales y parece que ya tienen los materiales para elevar el cuerpo de iglesia, pero faltan los obreros que lo ejecuten¹¹. Las obras continuaron en las décadas posteriores y podemos decir que quedaron concluidas al realizarse la fachada central, que se finalizó en 1665.

La portada es el resto más antiguo que conservamos del templo en el exterior (lam.2). Se trata de una obra realizada en dos momentos del siglo XVII. La parte más antigua son los laterales de la fachada, pero su aspecto primitivo poco o nada tiene que ver con el actual. Se componen de una puerta de arco de medio punto con una hornacina superior flanqueada por pináculos con bolas y rematada en un frontón curvo, roto por sendos escudos agustinianos que nos permiten saber algo sobre la ejecución. A la izquierda se leen los nombres del provincial y del prior, mientras que a la derecha dice “AVGUSTINUS LUX DOCTORUM. ANO 1617”. Sabemos que las puertas laterales se abrieron en el siglo XIX, como luego veremos y, con ellas se decoraría gran parte de la fachada, aunque no toda; ello podemos decirlo porque consta que se enlució para resaltar los motivos decorativos que había y que debían pasar desapercibidos ante la vistosidad de la parte central de tan magnífica representación del arte colonial del siglo XVII¹². Es bastante probable que todo el muro fuese almohadillado —lo que nos pondría en contacto con la magnífica fachada de San Francisco— y que lo novedoso sean los elementos vegetales, tan del gusto quiteño del siglo XIX y principios del XX.

La parte central de la fachada —como hemos manifestado— es una de las más hermosas que podemos ver en Quito y se debe a la mano de Antonio Rodríguez, que la realizó entre 1659 y 1660, como consta en una inscripción de la parte superior, que la data en el provincialato del P. Basilio de Ribera¹³. Es una hermosa portada de piedra de dos cuerpos. En el primero,

11. Reproduce este documento sin ofrecer más datos sobre él V. IGLESIAS, “La Iglesia de San Agustín de Quito”, *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*, 1917, p. 202

12. A.S.A/Q. (ARCHIVO DE SAN AGUSTIN DE QUITO), *Libro n° 1 de fábrica de la iglesia 1860-19..*, f. 47.

13. El que por estas fechas Antonio Rodríguez estuviese trabajando en San Agustín de Quito descarta la posibilidad de una prolongada estancia en Lima, —si es que llegó a viajar a la capital del virreinato cuando fue soliciatado por el comisario general de los franciscanos, Fray Francisco de Borja, a lo que reiteradamente se negaron el Cabildo y la Audiencia quiteña.

la puerta principal decorada con corazones agustinianos de hierro se enmarca por un arco de medio punto, cuya clave se orna con una cartela que porta el símbolo agustiniano del sol; las enjutas se hallan decoradas con ángeles orantes de medio cuerpo inscritos en una cartela; en dos planos, a cada lado de la puerta, se ubican sendas columnas toscanas y, en un tercer plano, más cercano al muro, pilastras decoradas con corazones agustinianos entre dibujos geométricos, que recuerdan mucho las tradicionales yeserías quiteñas¹⁴; sobre la puerta principal seis ménsulas, alternadas con siete personajes alados –de ellos cuatro responden al signo de los evangelistas– sujetan el entablamento, muy movido, del segundo cuerpo (lám. 3). En el centro del mismo se ubica una gran ventana rectangular con orejones y bordeada de piedra almohadillada, que se flanquea, en correspondencia con el piso inferior, con columnas jónicas de fuste liso; coincidiendo con las pilastras inferiores se pueden ver aleros de volutas con un rostro en la parte superior. Remata el conjunto un frontón partido por una hornacina que alberga la imagen de San Agustín con querubines en sus enjutas y rematada en un frontón triangular.

El movimiento de esta fachada hay que verlo en sus proyecciones ascendente y horizontal, con un sentido a medio camino entre el manierismo y el barroco¹⁵; tampoco hay que desligar esta entrada de otras del ámbito quiteño y en especial de la del Sagrario. De menos movimiento, aunque muy similares, son las de Guápulo y el Colegio de San Fernando, entre otras.

La iconografía de esta fachada es claramente agustiniana. La competencia entre las órdenes en muchos aspectos –educacional, misional, económico, etc.– hizo desarrollar en Quito, lo mismo que en otros muchos lugares de las colonias, toda una iconografía en las fachadas de exaltación de los propios institutos religiosos, que a veces resultó excesiva. Presidiendo el conjunto, San Agustín en piedra tallada y de bulto, como titular de la iglesia; sobre la puerta principal el sol como uno de los atributos del Santo de Hipona; los corazones agustinianos, como símbolos de la orden, proliferan por todas partes. Junto a esto, los ángeles y querubines son los motivos más repetidos como manifestación de glorificación o como intento de crear un cielo en piedra al desarrollar todo un programa agustiniano.

14. Los motivos decorativos de estas pilastras, de clara raigambre manierista, nos ponen en contacto con la decoración de las pilastras del interior de la Compañía y de la Merced, e incluso con las que pudo tener la iglesia agustiniana antes de su caída.

15. El segundo cuerpo de esta fachada reproduce casi exactamente la portada del Colegio del Corpus Christi de Valencia, mandado construir por el obispo Juan de Ribera y alabada en su día como una gran obra. Sobre este particular puede verse A. CAMARA MUÑOZ, *Arquitectura y Sociedad en el Siglo de Oro*, Madrid, 1990, pp. 183-186.

La torre de San Agustín esta exenta de la iglesia, sobre la portería del convento y formando ángulo con la fachada; por tanto, cerrando el atrio por el lado oriental. Hoy día, de su antigua forma apenas nos queda la parte inferior, de gusto también manierista y realizada en piedra. Se decora con pilastras, casetones y puntas de diamante, amén de tres escudos sobre la puerta que responden a los de la orden de San Agustín, de Quito y de España. Sobre este cuerpo se elevan otros dos de la época colonial también, pero más tardíos, pues esta parte se cayó en sucesivas ocasiones durante el periodo de dominación española en los años 1645, 1755 y 1797. Es una torre cuadrangular que al final del periodo tenía varios cuerpos de pilastras corintias y se remataba con un águila o un cóndor de piedra con las alas abiertas¹⁶. Su aspecto, antes de la destrucción definitiva de los cuerpos superiores en el siglo XIX, debía ser muy semejante al de la pequeña torre que corona la portada lateral de la catedral de Cuenca (Ecuador) a la que debió servir de inspiración (lám. 4).

En general, el exterior de esta iglesia se adaptó con bastante inteligencia al urbanismo típico de las ciudades coloniales, como Quito. Al no hallarse en una plaza, como ocurría con las iglesias de San Francisco o Santo Domingo, y ante la necesidad de un atrio, éste se generó aprovechando el ángulo entre la torre y la portada, con lo cual, sin romper las líneas de las calles perpendiculares se consiguió obtener el espacio necesario. Una solución muy parecida se aplicaría en la iglesia de los jesuitas, si bien en San Agustín se planteaban mayores dificultades por hallarse en un plano descendente.

3.- LAS INTERVENCIONES EN LA IGLESIA DESDE EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XVII.

Pasados los años de la intensa actividad constructiva de San Agustín, en el último cuarto del siglo XVII no fueron muchas las obras que se abordaron hasta que ocupó el cargo Fray Francisco de Cáceres, con el que se sacó piedra para seguir la construcción del convento¹⁷.

En el segundo tercio del siglo XVIII se abrió una nueva puerta entre la iglesia y la sacristía, que sólo se labró en la parte que da a la iglesia y cuyo coste ascendió a 150 pesos, dorándose las puertas de acceso por 90 pesos¹⁸.

16. A.S.A/Q. *Libro nº 1 de fábrica de la iglesia 1860-19*, f. 15.

17. A.S.A/Q., *Libro de gasto y recibo de 1676 a 1709*, f. 119 v.

18. A.S.A/Q., *Libro de gasto y recibo de bienes de 1729 a 1761*, f. 20 v.

Por aquellos mismos años se gastaron 5737 pesos en carpintería para forrar la capilla mayor, hacer el hachero y la barandilla de la cúpula. Sabemos que en total las obras llevadas a cabo en el gobierno provincial del P. José de Chiriboga, que duró de 1729 a 1741, ascendieron a 41.090 pesos y 5 reales, incluidas todas las obras de iglesia y convento¹⁹

De 1741 a 1745 ocupó el cargo de provincial agustino el P. Juan de Luna, que no fue de una gran actividad en cuanto a construcciones del convento, pero sí de la recoleta de San Juan Evangelista, como veremos más adelante.

En 1745 y hasta 1749 el cargo de provincial recayó en un pariente del P. José Chiriboga, Joaquín de Chiriboga. Con él vuelve a haber una gran actividad en el templo quiteño. Cuatro mil pesos se invirtieron en la cubierta del exterior de la bóveda y arreglos de las bóvedas laterales, cúpula y cubierta de la sacristía. Amén de otros gastos muebles para la iglesia es de destacar que en su tiempo se realizó el segundo claustro del convento por el precio de 10.500 pesos²⁰.

Del año 1749 a 1753 el cargo de provincial pasó a manos del P. Juan Lucero, que continuó con las obras de claustros e iglesia iniciados por su predecesor y en los que invirtió 15473 pesos²¹.

Tras el *lapsus* del provincial Juan López Bonilla vuelve a hacerse cargo de la máxima autoridad de la provincia el ya citado religioso Joaquín Chiriboga (1757–1761). El convento conoce nuevas obras de infraestructura y también la iglesia en su aspecto exterior, ya que gastó 62 pesos en empedrar la calle ante la portada principal y se levantaron las gradas del pretíl para resguardar a la iglesia de las inundaciones que causaban las lluvias, debido a que se hallaba, como hemos dicho, en un plano inclinado²².

En 1797 el templo agustiniano sigue planteando problemas y una parte del lado de la calle amenazaba ruina, por lo que hubo de reponerse en tiempos del provincial Simón Vázquez por el coste de 20 pesos y 3 reales²³.

Entrado ya el siglo XIX, durante el provincialato de Fray Esteban Sánchez, se blanquearon las naves, además de dorar y “arear” las pinturas de las mismas, todo lo cual costó 281 pesos²⁴. Poco después entre 1817–1819 se realizó por 216 pesos el “parapetto” de la puerta. El coste fue esencialmente de

19. *Ibidem*, f. 21.

20. *Ibidem*, ff. 32-33.

21. *Ibidem*, f. 42.

22. *Ibidem*, f. 59 v.

23. A.S.A/Q., *Libro de gasto y recibo de 1761 a 1827*.

24. *Ibidem*, f. 62

materiales y pintor, pues el trabajo escultórico fue ejecutado por el religioso hermano Tomás Mideros²⁵.

4.- EL ORNATO DEL TEMPLO COLONIAL

Toda iglesia llevaba aparejada una serie de gastos que iban más allá de la propia arquitectura. Desgraciadamente el terremoto del siglo XIX dio al traste con las grandes riquezas que albergó este convento.

De los datos más antiguos que tenemos son las *Relaciones Geográficas* de Rodríguez de Ocampo, que nos dice en 1650 que la iglesia tiene un retablo mayor con imaginería traída de Roma por Fray Gabriel de Saona, lo mismo que otro altar de reliquias. Existían además por entonces algunas otras esculturas de bulto, como una imagen de la cofradía de Nuestra Señora del Carmen con su retablo grande y dorado; y también había un Cristo difunto en su sepulcro traído de Roma por el P. Araujo, y una Inmaculada y un Cristo llevados desde España en época de la fundación.

Al P. Basilio de Ribera se le atribuye en buena medida el enriquecimiento interior de la iglesia –amén de los magníficos cuadros del claustro pintados por Miguel de Santiago– y en concreto el magnífico coro conservado en la iglesia, que en la actualidad está siendo restaurado. Este coro, realizado en madera policromada es uno de los más vistosos que se conservan en Quito y se ejecutó según esquemas propios del siglo XVII. Tiene dos pisos de sillas y sobre cada asiento del superior, en el respaldo o dorsal, se ubican, separadas por columnas jónicas sobre ménsulas, figuras policromadas de medio bulto de santos agustinos que encuadran en el centro al propio santo fundador, y que se limitan en los extremos por sendos ángeles (láms. 5 y 6). El total de religiosos representados suma el número de 34. El doselete se compone de líneas de círculos trenzados y decorados de forma alternativa con cabezas de querubines de acuerdo con un gusto muy del último renacimiento. Las sillas disponen de brazales muy semejantes a los tradicionales españoles y se separan con apoyamanos de volutas.

Destaco también su púlpito, aunque el que se conserva en la actualidad data de un momento muy avanzado del siglo XIX o de principios del XX, a pesar de que en su elaboración se han seguido esquemas propios del barroco.

En la primera mitad del siglo XVIII, durante el provincialato de José Chiriboga, se gastaron 45 pesos en una imagen de San José y otra de Nuestra

25. *Ibidem*, f. 95v-96.

Señora²⁶. Amén de estos trabajos escultóricos se realizó el frontal del altar de Santo Tomás de Villanueva y se mandó dorar el del altar mayor; se abor-daron por entonces también las antepuertas de los colaterales del altar mayor²⁷.

Durante el provincialato del P. Juan de Luna (1741–1745) se ordenó hacer una imagen de Santa Mónica por 25 pesos²⁸. La labor de este hombre, sin embrago, se centró en la recoleta agustiniana de San Juan.

Joaquín Chiriboga rigió los destinos de la provincia agustiniana de San Miguel de Quito de 1745 a 1749. En ese tiempo se mandaron hacer ocho confesonarios de los que todavía se conservan algunos en la iglesia, que se caracterizan por su decoración de veneras y cuyo coste ascendió a 570 pesos. En su tiempo la remodelación de los bienes muebles adquirió gran importancia, ya que se recompusieron los retablos de San Agustín, Santo Tomás de Villanueva y la Oliva, lo cual con otros detalles ascendió a la cantidad de 600 pesos, exceptuando los dorados, ya que por entonces se había mandado dorar el retablo de San Agustín al maestro Legarda, el cual colaboró en otras obras menudas²⁹. Sabemos que también se doró el retablo de Santo Tomás de Villanueva, pero no se aclara si la obra se encargó al propio Legarda. Volvió Chiriboga a repetir en el cargo entre 1757 y 1761, hizo entonces algunos aumentos de consideración en la plata labrada, pero en su interregno se encargó de los destinos de la provincia Fray Juan López Bonilla (1754–1759), que pagó a Legarda 150 pesos por unos frontales de espejos³⁰.

De 1797 a 1799 fue provincial Simón Vázquez que encargó un espaldar para la Virgen de la Consolación, obra que no se concluyó, aclara el documento, por maldad del carpintero³¹. La fama de los imagineros quiteños trascendió por entonces las fronteras de la Audiencia, y de la lejana Santa Fe de Bogotá se le encargó al provincial agustino de Quito una Inmaculada que costó 26 pesos y que no cobró, sino que regaló.

Entrado ya el siglo XIX y siendo provincial Fray Esteban de Paredes (1801–1803) y Fray Esteban Sánchez (1803–1805) continúan las ampliaciones muebles con un lienzo nuevo y con el dorado de los retablos de San Guillermo y San Miguel por casi 490 pesos³². Poco después, en 1818 el hermano

26. A.S.A/Q., *Libro de gasto y recibo de bienes de 1729 a 1761*, f. 19 v.

27. *Ibidem*, ff. 19 v-21.

28. *Ibidem*, f. 26

29. *Ibidem*, f. 32.

30. *Ibidem*, f. 50 v.

31. A.S.A/Q., *Libro de gasto y recibo de 1761 a 1799*, f. 15.

32. *Ibidem*, ff. 60 y 62 v.

Mideros realizaría el parapeto de la puerta de la iglesia, que se ha conservado hasta la actualidad por hallarse tras la fachada y bajo el coro, lo cual le ha salvado de la destrucción provocada por los movimientos sísmicos³³.

LAS REFORMAS DE LOS SIGLOS XIX Y XX

El 22 de marzo de 1859 un terremoto asolaba la ciudad de Quito. Acostumbrada a aquellos eventos la ciudad solía y suele soportarlos a menudo, pero la intensidad de aquél estaba por encima de todas las previsiones. San Francisco, Santo Domingo, la Catedral, la Compañía... todos y cada uno de los grandes edificios quiteños sufrieron el efecto devastador. Del templo de San Agustín cayeron la cúpula y parte de la torre³⁴. La primera, al caer hacia un lateral, destruyó una parte del lado de la epístola y parte del claustro, amén de quedar sepultado el archivo que se perdió en buena medida en aquella ocasión.

El acontecimiento vino a suceder en un difícil momento para la vida económica del convento. La comunidad se mantenía de empeños y adelantos que dificultaban su existencia³⁵. Aún así, se afrontó pronto la obra de la iglesia y se rehizo la cúpula del presbiterio, celebrándose en noviembre del mismo año del terremoto todas las funciones divinas del templo³⁶. En 1865, por fin, se había concluido la gran cúpula.

La reconstrucción duró poco tiempo, pues no tardó en presentar deterioros antes de los dos años y se hubo de recurrir a la venta de una propiedad para realizar nuevas obras de cal y ladrillo y recomponer lo destruido a imagen y semejanza de la construcción primitiva. La obra se inició en noviembre de 1867 e incluyó la restauración de la torre. El encargo recayó en el arquitecto Mariano Aulestia por el precio de 506 pesos y una Biblia traducida por el P. Scio³⁷. Cuando la obra estaba casi finalizada era el año 1868. Un nuevo movimiento telúrico volvió a asolar la ciudad; fue el llamado terremoto de Ibarra³⁸, por haber quedado prácticamente destruida toda aquella ciudad del norte de Quito.

33. *Ibidem*, ff. 95v-96.

34. *El Artesano*, 23 de marzo de 1859

35. Esto puede verse detalladamente en V. IGLESIAS, "La iglesia de san Agustín de Quito", *Archivo Histórico Hispano Agustiniiano*, 1920, pp. 29-30.

36. *Ibidem*

37. *Ibidem*.

38. Todo esto puede verse especificado en A.S.A/Q., *Libro nº 1 de la Fábrica de la Iglesia 1860-19*, f. 5.

Las consecuencias para la iglesia de San Agustín fueron de nuevo desastrosas. Dejando a un lado el convento, del templo cayeron todas las cubiertas destruyendo retablos, púlpito, altares, etc. Sólo quedó en alto el tramo de los pies por hallarse sujeto a la sólida fachada y de ahí que el coro y la mampara hayan podido conservarse. La pared del lado del convento sufrió mucho, pero aún más la de la calle Guayaquil, que hubo de ser demolida por amenazar ruina³⁹.

A instancias del presidente García Moreno y del provincial agustino Conccetti, que se había encargado junto con otros frailes italianos de revitalizar la provincia agustiniana, se volvieron a reiniciar las obras en 1871, momento hasta el que, desde el terremoto, se habían gastado tan sólo 5.786 pesos⁴⁰. El fisco nacional cedió al convento 7.873 pesos. Los donativos se sucedieron y se pudo comenzar a desescombrar y a recoger lo que todavía podía ser útil para la reconstrucción. Pero ésta no se planteó unilateralmente por un proyectista, sino que los agustinos consultaron a Mariano Aulestia —que había participado en la anterior reconstrucción—, a Juan Pablo Sanz, que la iba a llevar a cabo, y al ingeniero foráneo Pit⁴¹. Las conclusiones a las que se llega tras esas consultas fueron las siguientes⁴²:

- Que se levantara el muro de la calle Guayaquil desde los cimientos, puesto que así lo quería García Moreno, en cuya mente estaba claro que la Casa del Señor debía ser del todo sólida.
- Que se levantaran más las paredes centrales para dar claridad y elegancia a la nave con ventanas altas, ya que el primitivo templo resultaba demasiado oscuro.
- Que se suprimiera la bóveda artesonada y se adoptase el “armazón Rit”.
- Que se suprimiera la cúpula, pues al hallarse la iglesia en un plano inclinado y haberse caído dos veces resultaba evidente que no se necesitaba y era un peligro.
- Que se refaccionase la pared del lado del convento.

El templo fue reconstruido, como dijimos, bajo la dirección del arquitecto Juan Pablo Sanz, aunque parece que todos los que realizaron el informe

39. *Ibidem.*, 1920, pp.147-152. Es interesante ver en ese artículo las consecuencias del terremoto sobre la comunidad agustiniana, que casi en masa abandonó el hábito y hubo necesidad de pedir a las autoridades superiores de orden en Roma auxilio de personal, comenzando la llamada “etapa italiana del convento de Quito”.

40. A.S.A/Q., *Ibidem*, f. 8

41. A.S.A/Q., *Libro n° 1 de fábrica de la iglesia 1860-199*, f. 5.

42. *Ibidem*, ff. 5-9.

participaron de una u otra forma. Se cerró la puerta de la calle Guayaquil y en cambio se abrían más tarde –entre 1881 y 1883– dos puertas en la fachada que dan acceso a las naves laterales, rompiendo el muro y encargando los trabajos de carpintería a Alejandro Manzano; todo ello tuvo un coste de 1625 pesos⁴³. El presbiterio se amplió a costa de la sacristía, que vio considerablemente reducido su tamaño. Se suprimió la cúpula y se elevó la nave central para iluminar la iglesia con ventanales encima de cada arco. La techumbre de madera sustituyó por economía y seguridad a la bóveda. Concluían las obras en febrero de 1875. Para ocultar la pobreza de la cubierta se hicieron bóvedas de arista simuladas según proyecto del escultor José González Jiménez.

La torre, de momento, no había entrado en los proyectos de reconstrucción, pues ya eran demasiado costosas las obras de la iglesia. De todos modos, el arquitecto Sanz optó, de forma provisional, por poner una cubierta de madera a un agua y así evitar un mayor deterioro, lo cual costó la sencilla suma de 614 pesos y 15 reales⁴⁴.

Sin embargo, todavía quedaba mucho por hacer en el templo de San Agustín cuando los fondos y las donaciones ya se habían agotado. Las cosas se ponían difíciles. Las estructuras ya se podían dar por finalizadas en 1879, pero faltaba todo el embellecimiento interior del templo, para lo cual se contó con el citado escultor español González Jiménez, que sustituyó al arquitecto Sanz en la dirección de las obras. Colocó el nuevo director de obra el coro tras el altar sin mayores problemas, pues la anchura de dicho coro coincidía con la del presbiterio; para ello, el altar mayor hubo de desplazarse al centro de aquel espacio, que se adornó, además, con algunos cuadros de los pintados por Miguel de Santiago para el claustro.

La iglesia se abrió al culto público de forma definitiva el 26 de agosto de 1880 y su coste había ascendido a 35.359 pesos⁴⁵. El aumento se dió en todos los sentidos, incluyendo desde vestidos a objetos sagrados de todo tipo.

En 1888 se produce un nuevo cambio. A los siete agustinos italianos que habían venido a reforzar la comunidad tras el terremoto, sucede el llamado “gobierno de los españoles”. La ayuda de religiosos españoles se había solicitado en Quito en 1874 y se reiteró en años posteriores, pretendiendo que fuesen los enviados de la provincia española de Filipinas; lo cual no pudo ser, aunque por fin fueron enviados los llamados agustinos asuncionistas a

43. *Ibidem*, f. 10.

44. A.S.A/Q., *Libro n° 1 de la fábrica de la Iglesia, 1860 19..*, f. 9.

45. *Ibidem*, f. 5

las órdenes del P. José Valentín Alustiza⁴⁶. De nuevo la iglesia volvía a enfrentar con graves problemas a la comunidad agustiniana quiteña.

La cubierta de madera, de la que se ha hablado, resultó no ser tan eficiente como se había pensado y en 1888 se apreció que estaba hundiéndose en las naves porque la cal había calcinado la madera. Los religiosos no tenían dinero para la obra y fueron en esta ocasión los mil pesos que había dejado doña Juana Cornejo para dorar el nuevo retablo mayor los que salvaron la situación. El cambio de destino del dinero hubo de solicitarse a la Santa Sede, que accedió a la petición, apoyada por el hermano de la difunta, Vicente Cornejo. El coste de aquel arreglo ascendió a 771 pesos⁴⁷.

Las obras interiores se continuaron en el período español poniendo el suelo de madera, arreglando los altares con limosnas de los fieles y en especial las de Dña. Dolores Cornejo. En este tiempo una de las cosas de mayor transcendencia que se hizo fue el devolver la sillería a su emplazamiento primitivo en el coro alto.

Pero además de estas obras, en este periodo, se planteó una reconstrucción de gran envergadura que dio a la iglesia su aspecto actual en una reforma que duró de 1913 a 1920. Se consultó para llevarla a cabo a varios arquitectos, entre ellos Pedro Aulestia, Benjamín Lazaristo y Francisco Smith. Todos optaron por cambiar la cubierta y aunque hubo proposiciones de utilización del hierro y otros métodos más modernos, al final se optó por la proposición de Aulestia de utilizar madera buena como mejor solución y más válida; para probarlo dirigió él gratuitamente las obras, ayudado por los oficiales carpinteros Darío y Mariano Albuja⁴⁸. Cuando la obra se finalizó la pintura corrió a cargo de Rafael Montenegro con sus oficiales, pero para la decoración y el decorado fue llevado desde España el pintor Vicente Ojeda López, atraído hacia aquellas tierras por el P. Valentín Iglesias; fue este pintor quien además arregló y restauró los altares del templo –incluido el altar mayor, que fue movido desde el arco toral hasta el fondo del presbiterio, como estuvo en origen, impresionando con su destreza a la comunidad quiteña⁴⁹.

Junto a las obras citadas también se llevaron a cabo la ejecución de la cubierta de la nave central y la refacción de las laterales. La fachada, por

46. Todo esto puede verse estudiado con cierta profundidad por el actual general de la orden agustiniana M. A. ORCASITAS en su magnífica obra *Unión de los agustinos españoles (1893). Conflicto Iglesia-Estado en la Restauración*, Valladolid, 1981, pp. 135-142.

47. A.S.A/Q., *Libro n° 1 de la fábrica de la iglesia, 1860- 19..*, f. 12.

48. *Ibidem*, f. 25-26.

49. *Ibidem* ff. 26-27.

otro lado, sufrió algunos cambios, y aunque la parte central no fue tocada en absoluto, los laterales se enlucieron con el fin de hacer visible su decoración.

El aspecto de la iglesia actual, exceptuando la fachada, de la que ya hablamos y que en general corresponde a la traza primitiva, es el que detallaremos a continuación (lám. 7).

Estamos ante una iglesia de tres naves con siete tramos. Los dos primeros, a los pies, están ocupados por el coro alto, bajo el cual la bóveda es de medio cañón con unos lunetos tan pronunciados que más parece de arista. La bóveda plana cubre las capillas laterales de esta parte, dominada por los arcos carpaneles. Los pilares que separan las naves tienen forma de cruz irregular con el brazo transversal ligeramente más pronunciado. En la parte superior, estamos ante una extraña y falsa bóveda de crucería, ya que los nervios se han complicado de tal forma que no responden para nada, ni siquiera a modelos del siglo XVII, por lo cual hay que pensar que cuando menos sufrieron algunas modificaciones en las sucesivas reconstrucciones (láms. 8)⁵⁰. Lo que sí parece seguro es que esta parte no se derrumbó, pues la sillería permaneció intacta y los arcos laterales siguen siendo ojivales, fente a lo que sucede en el resto del templo.

La nave central es más elevada que sus contiguas, cubriéndose con bóvedas falsas de arista entre arcos fajones que descansan sobre pilares (lám. 9). Las naves laterales tienen el mismo tipo de separación y cubierta, aunque a menor altura, haciéndose su acceso a la nave central y entre sí por arcos también de medio punto que descansan en pilares. La mayor elevación de la nave central permite una iluminación por ventanas altas y rectangulares ubicadas en cada tramo. En las naves laterales la iluminación se hace por ventanas pareadas de arco de medio punto y cubiertas en la actualidad por retablos.

El presbiterio es cuadrangular con cabecera plana proyectándose ligeramente hacia el exterior del arco de triunfo; se cubre lo mismo que la nave y al fondo se sitúa el retablo. A los lados del presbiterio, como culminación de las naves laterales, se ubican sendas capillas alargadas del Cristo de la Portería y de la Virgen de Lourdes, a las que se accede desde las naves laterales por un arco de medio punto con un balcón superpuesto, o desde el propio presbiterio por una angosta puerta. La sacristía, de grandes proporciones se halla tras el altar mayor.

50. No es de extrañar que algunos autores hayan elogiado tanto esta bóveda, que creemos que tiene que ver muy poco con el proyecto original, al menos en su aspecto actual. De esa admiración se ha hecho eco la *Historia del Arte Ecuatoriano*, 2, Quito, p. 98.

EL ORNATO DEL TEMPLO DECIMONÓNICO

Hemos dicho que el terremoto lo destruyó todo, exceptuando el coro. La riqueza de retablos y pinturas se vió también destruida, por tanto fue necesario reponer a la iglesia de casi todo lo necesario y lo ornamental. Afortunadamente la plata fue una de las cosas que pudieron salvarse, en parte, de los cataclismos y de manera muy especial su magnífica custodia, desaparecida y destruida hacia 1900 por un robo sacrílego. La magnífica pieza colonial se sustituyó por otra de escaso valor y de elaboración fabril (lám. 10).

Para la apertura de la iglesia en 1880 se compró un armonio por 440 pesos, unos candeleros con su cruz por 488 pesos y otros utensilios litúrgicos que importaron 3.033 pesos⁵¹.

Pero el mayor ornato de la iglesia iba a deberse a los retablos refaccionados y rehechos por el español Vicente Ojeda López dentro del más puro estilo barroco dieciochesco de Quito que, aún siendo contemporáneos, no dejan de ser una verdadera muestra de la calidad del arte quiteño. La riqueza y calidad de estos retablos esta fuera de toda discusión, destacando de manera muy especial los de San Nicolás de Tolentino –una de las pocas imágenes coloniales del siglo XVIII que quedan en el templo–, el Corazón de Jesús, La Santa Faz, San José, Santa Rita y la Pasión (lám. 11). Fuera de toda discusión está también la calidad del retablo del Cristo de la Portería.

Los únicos tramos de las naves laterales que no llevan retablo son los que corresponderían al crucero, donde aparecen dos mausoleos de mármol blanco y gusto neogótico que corresponden a dos benefactores del templo: Manuel Cornejo, muerto en 1877 y Miguel Freyle en 1901.

Actualmente la iglesia se halla toda ella pintada con frescos que de alguna forma quieren recordar las ricas yeserías de las iglesias quiteñas y de las que debió gozar también la iglesia primitiva. Todas esas pinturas que sirven para realzar la arquitectura y que son un buen ejemplo de la actividad pictórica de las primeras décadas del siglo XX se deben al pintor Rafael Montenegro y sus oficiales, que con estos trabajos dieron a la iglesia su aspecto actual (lám. 12).

LA RECOLETA AGUSTINIANA DE SAN JUAN

Como casi todas las órdenes que se instalaron en Quito durante el periodo colonial, la de San Agustín tuvo su propia recoleta o casa de recogida, la

51. A.S.A/Q., *Libro n° 1 de la fábrica de la iglesia 1860 19.*, f. 11.

cual servía para apartarse durante temporadas de la azarosa vida conventual y dedicarse a la meditación. Además, la citada recoleta, fundada por los agustinos con el nombre de San Juan Evangelista, servía como cárcel y centro de castigo para los frailes.

La ubicación elegida por la orden no pudo ser más acertada. Considerablemente más alejada de la ciudad que la famosa recoleta franciscana de San Diego y que la de la Merced, la de San Agustín se situó en un paraje incomparable, en lo alto de un monte, cerca del lugar elegido posteriormente por García Moreno para la elevación de la Basílica del Voto Nacional, verdadero ejemplo del neogótico americano. Pero más interesante resulta el hecho de que se asentase sobre al antiguo templo prehispánico de la Luna⁵². Debido a esta especial ubicación el esbelto y pequeño campanario de la recoleta domina todavía la antigua ciudad colonial y no ha sido engullido por la ciudad moderna que crece a sus espaldas, al otro lado de la ladera. En la actualidad es ocupado por las monjas agustinas de clausura, aquellas que a finales del siglo XIX llegaron huyendo de la persecución anticlerical desatada en Colombia por el presidente Mosquera⁵³.

La ejecución de la recoleta barroca fue anterior a 1745 pues, los gastos ocasionados por la misma aparecen en la revisión de cuentas que se hace al provincial Fray Juan de Luna al abandonar su mandato⁵⁴. El coste de la capilla ascendió casi a doce mil pesos en los que iba incluido el gasto en el púlpito, pinturas, plata y otros objetos muebles. De toda aquella obra, aparte de la propia iglesia, muy restaurada, queda un hermoso púlpito policromado en el que perviven todavía las formas manieristas de los medios relieves de un apostolado (lám. 13). Todo hace pensar que este púlpito que hoy contemplamos se rehizo con restos de uno anterior o se trataron de imitar los enmarques de los cuadros de Miguel de Santiago del claustro de San Agustín, ya que de ser una obra del siglo XVIII resulta anacrónica, aunque también posea cierta semejanza con el púlpito de la Compañía.

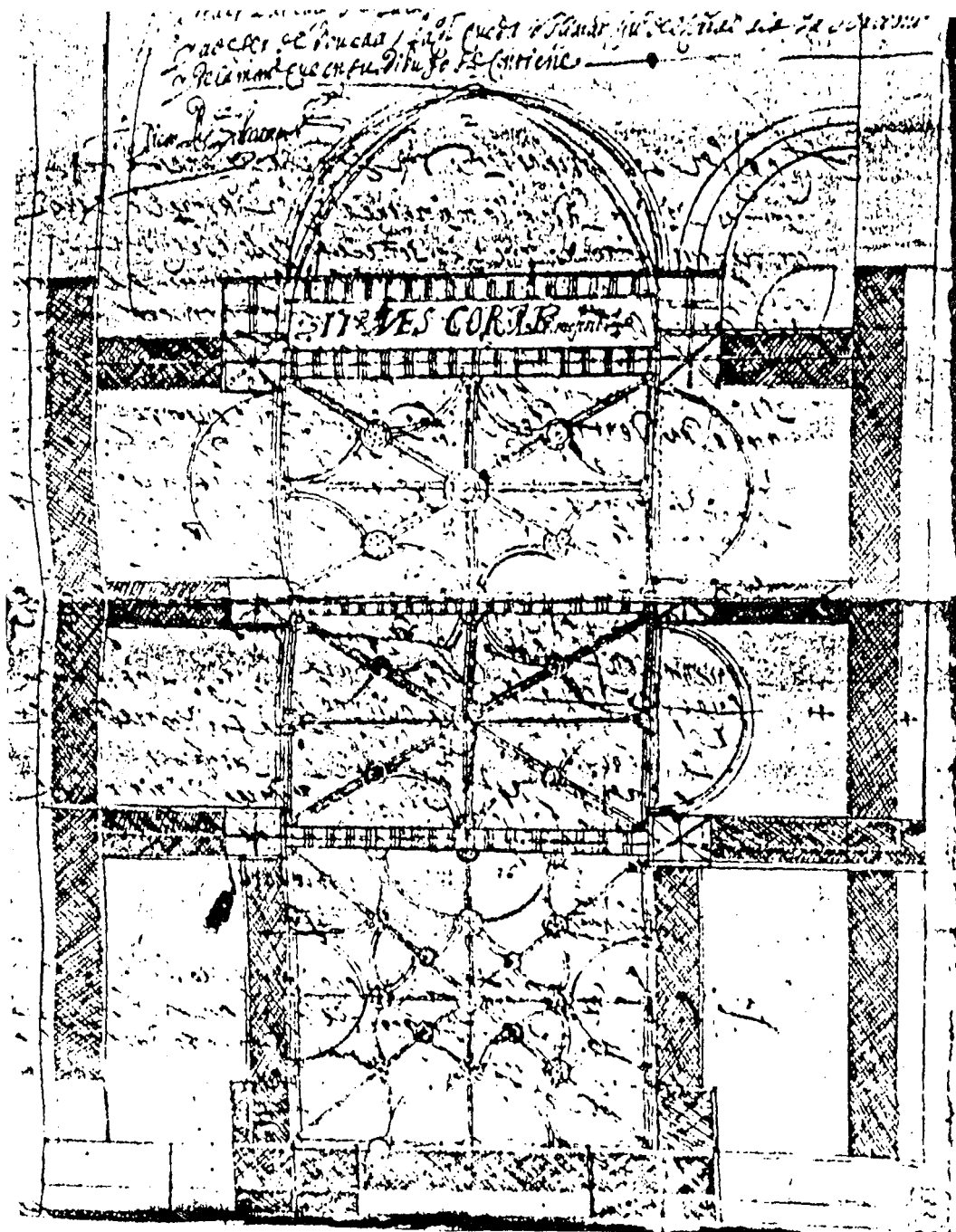
Los retablos que conserva la capilla sí corresponden al siglo XVIII y de acuerdo a unos esquemas que nos relacionan mucho con los realizados para la citada Compañía de Quito, el de la iglesia franciscana de la Cantuña o el del Rosario de Santo Domingo. No sería arriesgado pensar que Bernardo de Legarda trabajó en estas obras o al menos un fiel seguidor suyo. El retablo

52. J. DE VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, Caracas, 1981, p. 309.

53. Estas monjas, procedentes del convento de la Encarnación de Popayán, llegaron a Quito y se refugiaron, entre otros, en el Convento de la Concepción hasta que los agustinos les cedieron su vieja recoleta para establecerse según las normas de su regla.

54. A.S.A/Q., *Libro de gasto y recibo de bienes de 1729 a 1761*, ff. 26v-29.

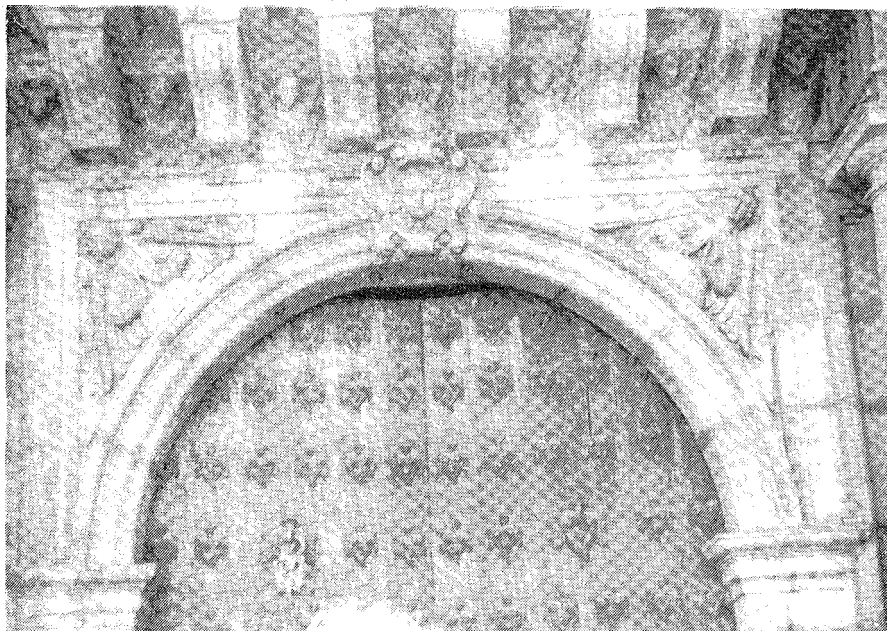
de San José, aparte de una estructura muy propia del escultor quiteño, presenta unas columnas salomónicas casi idénticas a las del retablo mayor de la Compañía, elaborado por el jesuita tirolés Jorge Vinterer, aunque los elementos decorativos del rococó nos hacen pensar en Bernardo de Legarda (lám. 14). El retablo mayor y el del calvario, aunque pudiesen relacionarse con Legarda parecen presentar mayor parentesco con el púlpito y la mampara de la iglesia del Sagario, cuyo autor muy bien podría ser el mismo que realizó estas obras y por tanto datarse en el segundo tercio del siglo XVIII.



Lám. 1.- Plano de la iglesia proyectada por Corral.



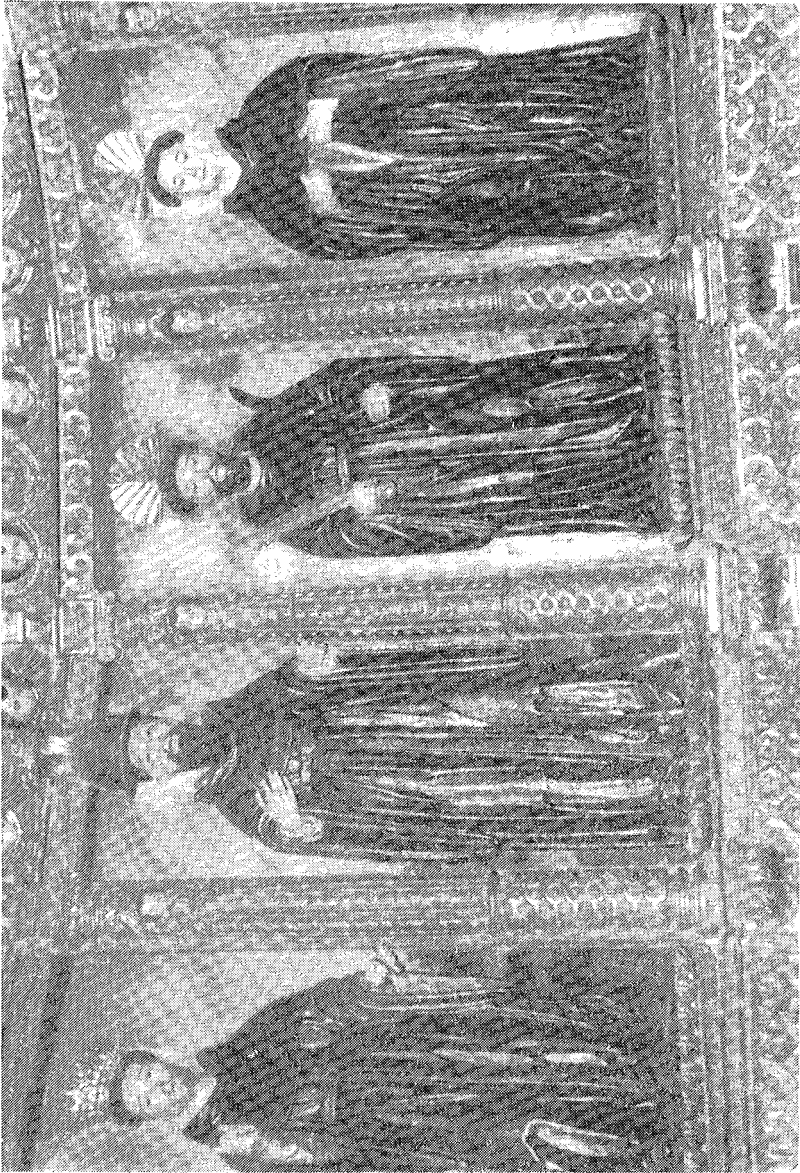
Lám. 2.- Fachada y torre de San Agustín de Quito



Lám. 3.- Puerta principal de San Agustín de Quito.



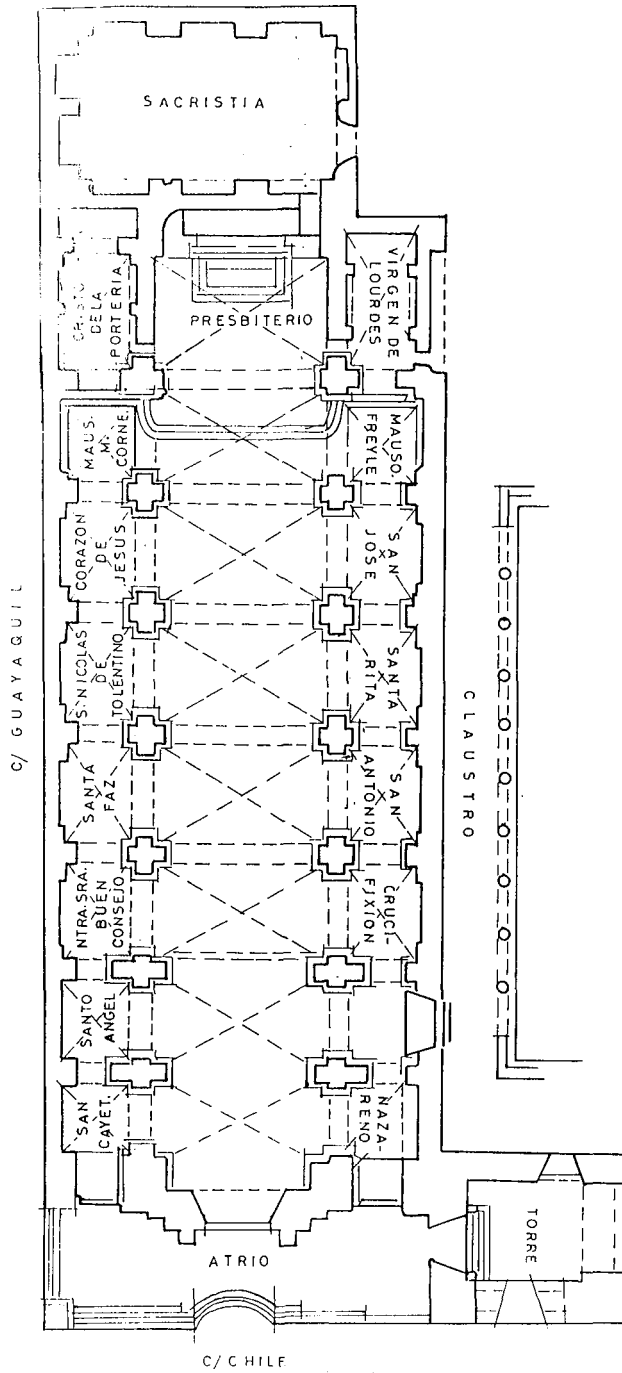
Lám. 4.- Fachada lateral y torre de la catedral de Cuenca (Ecuador).



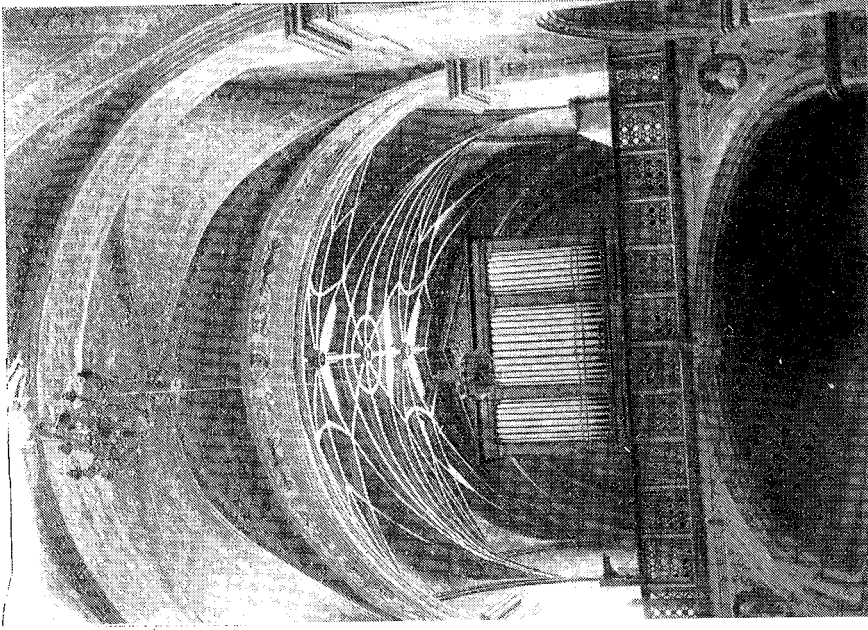
Lám. 6.- Detalle del coro con santos agustinos



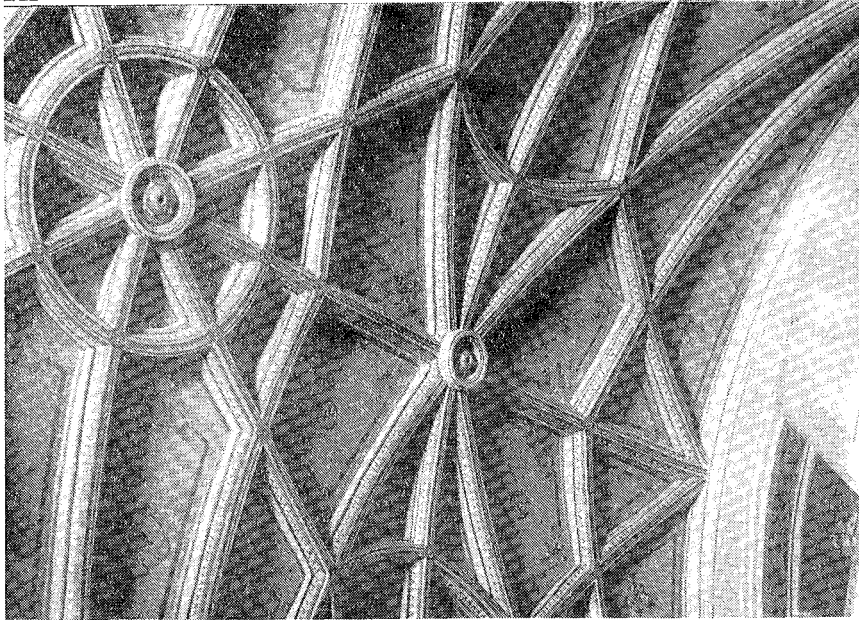
Lám. 5.- Relieve de San Agustín en el coro de la iglesia quiteña.



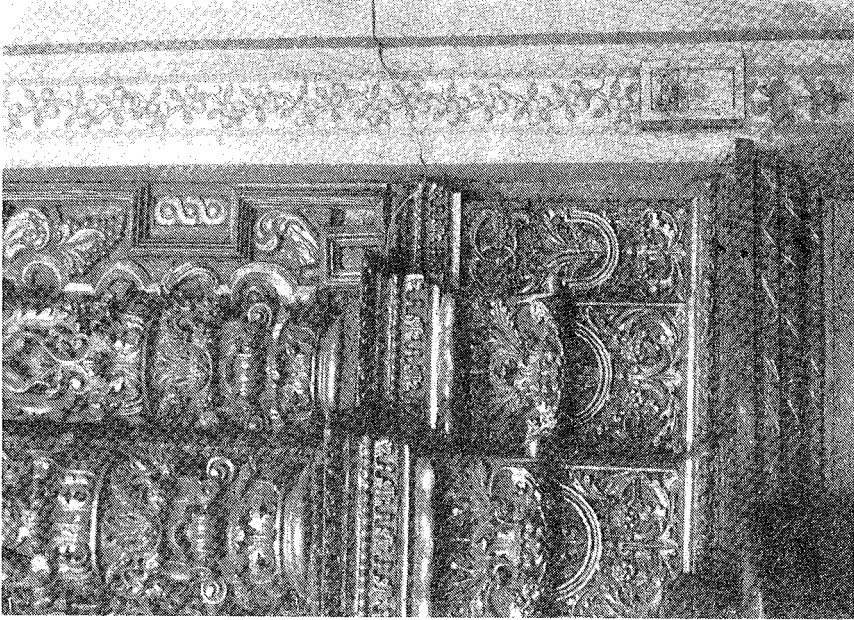
Lám. 7.- Plano de la actual iglesia de San Agustín.



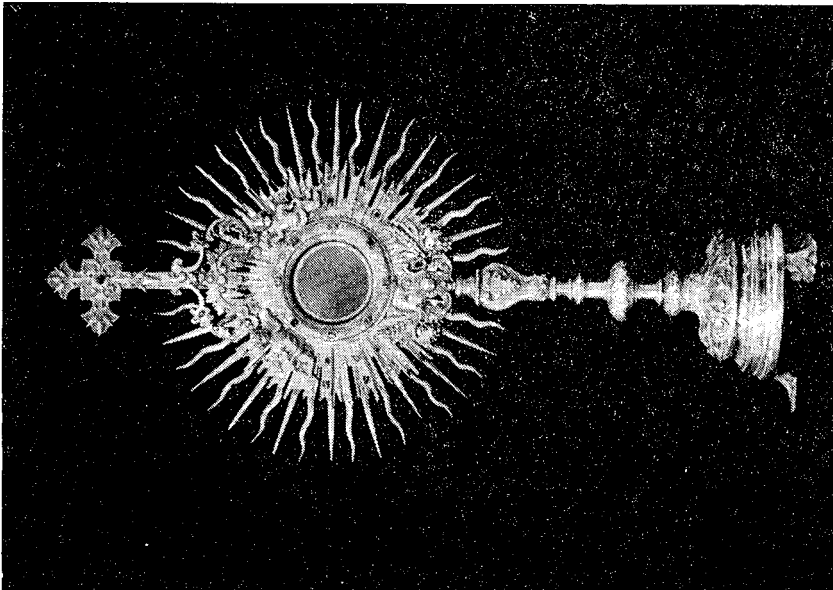
Lám. 9.- Vista de la nave central de San Agustín.



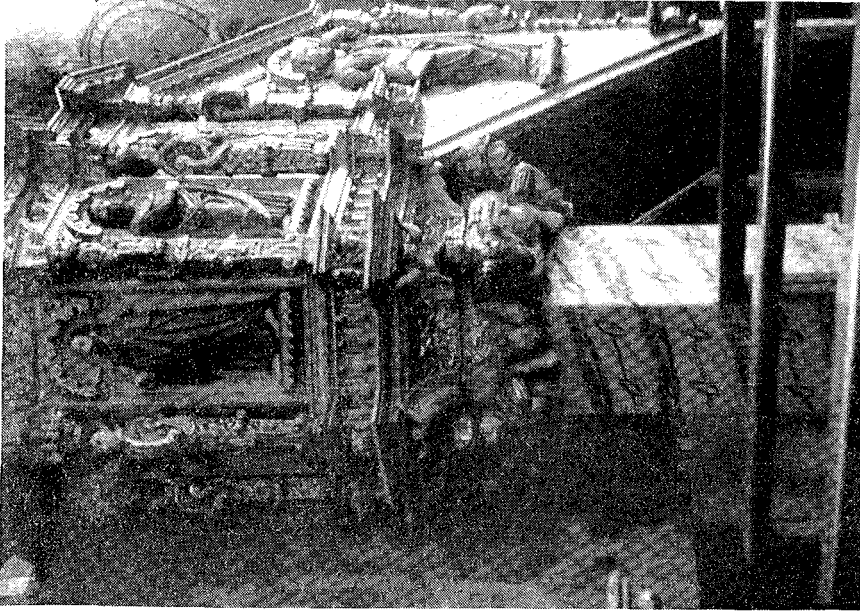
Lám. 8.- Detalle de la bóveda del coro de San Agustín.



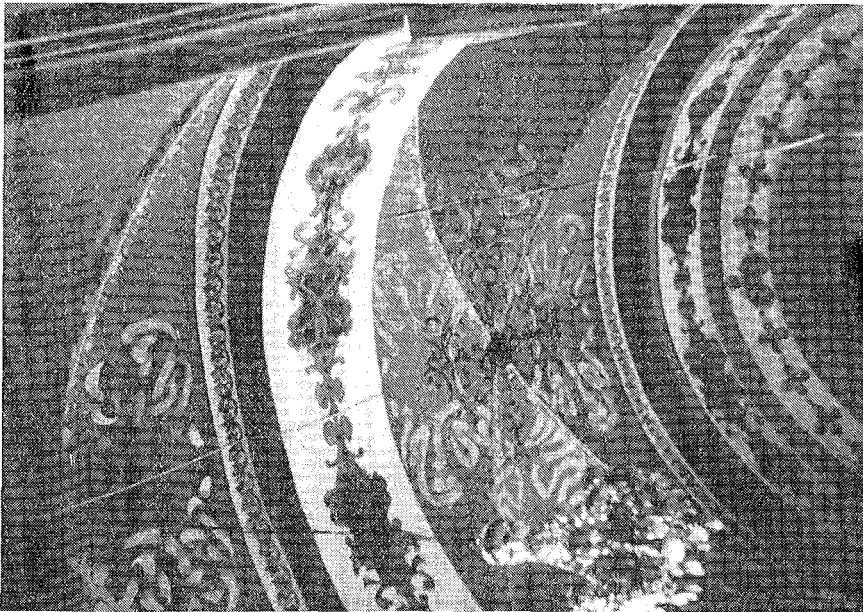
Lám. 11.- Detalle del retablo de San Nicolás de Tolentino en San Agustín.



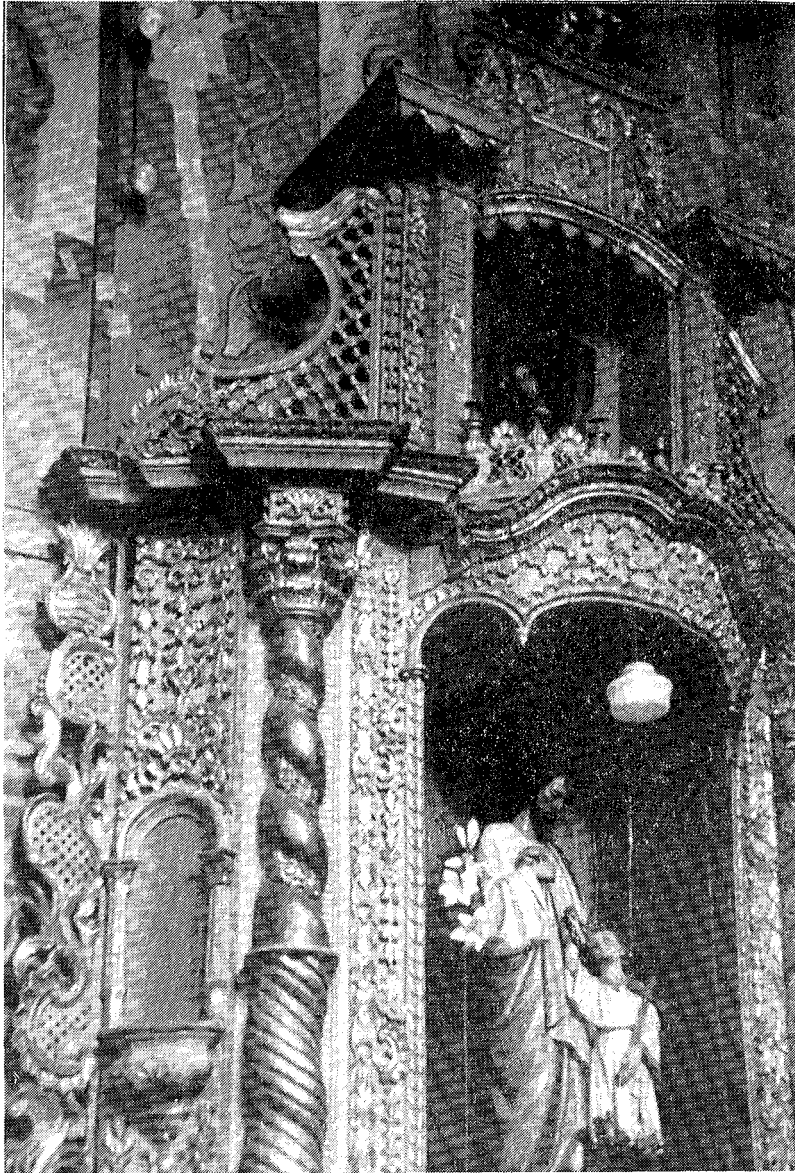
Lám. 10.- Custodia de San Agustín de Quito. Hacia 1900.



Lám. 13.- Púlpito de la recoleta de San Juan (Quito).



Lám. 12.- Detalle de la pintura de las bóvedas de San Agustín.



Lám. 14.- Retablo de San José en la recoleta de San Juan (Quito).